

Complacido en su mísera agonía,
Mirábale el demonio frente á frente,
Hasta que ya, del término impaciente,
De entrambos piés con impetu le asia.
Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsion trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,
Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

—
Á ZARAGOZA.

Viendo el tirano que el valor ferviente
Domar no puede del leon de España,
Ni al lazo odioso de coyunda extraña
Dobla el fuerte Aragon la invicta frente,
Juró crúel venganza, y de repente
Se hundió en el Orco, y con horrible saña,
Del reino oscuro que Áqueronte baña,
Alzó en su ayuda la implacable gente.
De allí el desmayo y la miseria adusta,
De allí la ardiente sed, la destructora
Fiebre salieron y el contagio inmundo.
Ellos domaron la ciudad angusta;
No el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
Tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

—
LOS HOYUELOS DE LESBIA.

Cruzaba el hijo de la cipria diosa
Solo y sin venda la floresta umbría,

Cuando al pié de un rosal vió que dormia,
Al blando són del mar, mi Lesbia hermosa;
Y al ver, pasmado, que su faz graciosa
Los reflejos del alba repetia,
Tanto se deslumbró, que no sabia
Si aquélla era mejilla ó si era rosa.
Alargó el dedo el niño entre las flores,
Y en ambos lados le aplicó á la bella,
Formando dos hoyuelos seductores.....
¡Ay, que al verla reir, la dulce huella
Del dedo del amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

—
ALBERTO LISTA.

—
ODAS.

LA MUERTE DE JESUS.

¡Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¡Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ahora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo

Alzas gimiendo el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena ;
Amor más poderoso que la muerte.
Por él de la maldad sobre la pena
El Dios de las virtudes, y el leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Cifó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crüeles ;
Al Santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado ;
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo

La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora :
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurria.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama :
Padre de amor, por qué me abandonaste ?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste :
De la acerba venganza
Que sufre el Justo nazca la esperanza.
¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente ?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte :
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno ¡oh tierra!
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el Criador ; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere..... Gemid humanos :
Todos en él pusisteis vuestras manos.

EL TRIUNFO DE LA TOLERANCIA.

¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice día,
En que estreche el humano
Con el humano la amorosa diestra?
¿Cuándo será el momento que destierre
A la olvidada historia
El grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
El dón más delicioso,
Del misero mortal desconocida,
¿Adónde, adónde fijarás tus aras,
Cuando en tu fuego ardiente
Se purifique la malvada gente?
¡Ah! desciende; tu santo trono sean
Rendidos corazones,
Y la virtud tu sacrificio; extiende
El cetro bienhechor, que te confía
El Hacedor del mundo,
Y llena el orbe de tu ardor fecundo.

¡Oh, tantas veces, tanto suspirada
De las almas sensibles,
Y apenas á sus votos concedida!
Vén; contigo la paz, la tolerancia
Y la amistad hermosa
Embellézcan la tierra ya dichosa.
Que asaz de sangre retifó su acero
El fanatismo impio,
De la manera hipócrita velado ;
Asaz quemó su antorcha asoladora,
A la ambicion prestada,
Del inocente la infeliz morada.
Sí, yo los vi; ¡los monstruos! de ira ardiendo,
Sedientos de venganza,
Invocaron á un Dios de mansedumbre ;
En su sangre de amor fieros mojaron
Los agudos puñales,
Y á destrozarse volaron los mortales.
¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!
¡Oh cavernas del Alpe!
¡Oh noche infanda de delito y muerte,
En que el furor sagrado y la perfidia
Y la ambicion insana
Las Galias inundó de sangre humana!
Y tú ¡oh España, amada patria mia!
Tú sobre el solio viste,
Con tanta sangre y triunfos recobrado,
Alzar al monstruo la cerviz horrenda,
Y adorado de reyes,
Fiero esgrimir la espada de las leyes.
¡Execrables hogueras! allí arde
Nuestra primera gloria ;
La libertad comun yace en cenizas
So el trono y so el altar. Allí se abate
Bajo el poder del cielo,

Del libre pensamiento el libre vuelo.

¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
Qué sed devoradora

De sangre y de suplicios os enciende?

¿No veis en esa víctima sin crimen,

Que la impiedad condena

De la patria la mísera cadena?

Y ¡qué, grande Hacedor! ¿en nombre tuyo

Siempre el mortal perverso

Degollará y oprimirá? Creando

Cual es su corazon un Dios de ira,

¿Volará á las matanzas

Invocando al Señor de las venganzas?

Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbria

Desde la helada orilla

Del caledonio golfo se desprende?

Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;

Y vuela al mediodía

Y al piélago feliz do nace el día.

Si; que una vez el Hacedor benigno

Dijo: *Que la luz sea,*

Y fué la luz. Tronó sereno el cielo,

Y desde el Tajo hasta el remoto Ganges

Desplómanse al abismo

Las aras del sangriento fanatismo.

Salud, mundo infeliz; ya destruido

Ves el imperio horrendo

Que levantó el error; ya se oscurece

Al celestial aspecto de la lumbre

La abominable hoguera

Que un diluvio de sangre no extinguiera

¡Ay! que ya del Océano saliendo

La lumbre bienhechora,

Por los iberos campos se dilata.

¡Ay! que ya las riberas inundando

Del levítico Bétis,

Llega á las playas últimas de Tétis.

Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡oh santuario

Por siempre respetable,

Otro tiempo espelunca de furores!

Si, santa luz; do tus reflejos miro,

Allí con luz sombría

De la supersticion la antorcha ardía.

Ardía, sí; y los hombres engañados,

Que deslumbrió su fuego,

Allí mismo la muerte fulminaban

En tu nombre ¡oh Señor de las piedades!

Allí, allí los insanos

Degollar meditaban sus hermanos.

Y la calumnia, como sierpe astuta,

Que sus vestigios borra,

La víctima inocente sorprendia;

Y pérfida de Témis la balanza

Oprimió al acusado

Con el peso de un Dios de furia armado.

Ese lumbroso oriente, ese divino

Raudal inextinguible

De saber, de bondad y de clemencia,

Fué trono de feroces magistrados,

Cuya justicia impía

Vengar de Dios la injuria presumia.

¡Olvido eterno á su crueldad! y sea

Castigo á tanto crimen

El perdon que las víctimas conceden.

Si es posible, tu velo, oh tolerancia,

Sepulte sus errores,

Y tú, prole futura, los ignores.

Hijos gloriosos de la paz, el día

Del bien ha amanecido;

Cantad el himno de amistad, que presto

Lo cantará gozoso y reverente
El tártaro inhumano
Y el isleño del último Oceano.

SONETOS.

MOISES.

Expuesto fué del Nilo en la corriente
El que á Israel intrépido acaudilla,
Borrando de la faz la vil manilla
De esclavitud á su oprimida gente;
Y al rey, que en la niñez tierna, inocente,
Ensangrentó la bárbara cuchilla,
Con vigor celestial hiere y humilla,
Y sepulta en el piélago inclemente.
Así necios los míseros tiranos,
O mandan que no nazca el pensamiento,
O que, si nace audaz, al nacer muera.
Más oculto se expone á los humanos,
Y crece, y llega el vengador momento,
Y al déspota sumerge la onda fiera.

DEMOSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?
Trasíbulo, lanzando al espartano,
No el vicio y la maldad lanzó de Aténas
De tu sublime voz la patria llenas;

Brillan asta y arnes contra el tirano;
Mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
Las armas pesan más que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias, ¿quieres
Que el hierro, de los persas tan temido,
Contra el astuto macedon esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes;
Que á un pueblo turbulento y corrompido,
¿Cuándo falta un Filipino que lo oprima?

MARCO BRUTO.

¿Pensaste, oh Bruto, que á nacer volviera
La libertad do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Tañida en sangre de la Italia entera?

¿De qué al mundo sirvió tu virtud fiera!
A un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir; más no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.

Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano impía,
Tienen ya esa corona que aborreces.

¡Oh virtud necia! ¡Oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¿Por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

LA ENVIDIA.

Dulce es á la codicia cuando alcanza
Doblar el oro inútil, que ha escondido;

Dulce al amor, feliz ó desvalido,
Meditar ya el placer, ya la esperanza.
Dulce es también á la feroz venganza,
Que no obedece al tiempo ni al olvido,
Los sedientos rencores que ha sufrido,
Aparar entre el fuego y la matanza.

A un bien aspira todo vicio humano;
Teñida en sangre, la ambicion impía
Sueña en el mando y el laurel glorioso.
Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
Ni conoces ni esperas la alegría;
Que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

ELEGÍAS.

LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE,
DOCTOR, ANTICUARIO, HISTORIADOR Y HU-
MANISTA.

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!
Y á mí, que débil siento

El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡miseró!
Largo vivir me da.

O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas inclitas,
Del mundo admiración;

O á mí solo llevará
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozará
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nación.

Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y joven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciféronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicón;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes:
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al Númeron dirigía,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró;

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico

La prole de Ismael;
Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel.

A ti fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí de dos naciones
Ilustres enemigas
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oír.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba,
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Cifres áurea corona,

Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,
No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambición.

Á LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,

Codicia y ambición, la patria mía
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Impetu popular; de las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revierta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tíbre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos.
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas:
No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en región extraña el oprimido

Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar..... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella..... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

EPÍSTOLA.

Á CLAUDIO.

EL FILOSOFASTRO.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan sólo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,

Me pidió de almorzar. Cedió al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida,
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chino
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Racion cumplida), y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion süave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el dón que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló; diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupcion!» exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto

La América infeliz ; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente ;
Y para que más grato el gusto adule
Este licor , en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh, qué abominacion! Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa tambien, de mármol eres ;
Que es mucha erudicion, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo ; las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata

De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices ;
Y habla de patriotismo..... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora.....
¡Dichoso aquel que la practica y calla !

SONETOS.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad ; corre la plebe al foro,
Y entre las fascas que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro ;
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra : en ese instante
Al uno y otro jóven infelice

Hiere el lictor, y sus cabezas toma.
Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta, y dice :
« Gracias, Jove inmortal ; ya es libre Roma. »

Á LA MEMORIA

DE DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

Ninfas, la lira es ésta, que algun día
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenía.

Quede pendiente en esta selva fría
Del lauro mismo, que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñía.

Intacta y muda entre la pompa verde
(Sólo en sus fibras resonando el viento),
El claro nombre de su dueño acuerde ;

Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento.

Á LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR

ISIDORO MAIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma ;
Tú la virtud robustecer del alma ,

Que al oro, al hierro, á la opresion resiste
Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste ;
¿ A quién dejaste sucesor muriendo ?
¿ De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas ?
Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lagrimas en la tumba de Isidoro,
Cetro depone y púrpura y coronas.

EPIGRAMAS.

¿ Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado ?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Si al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fe mil razones ;
Que es Dios de los mercaderes,
Y tambien de los ladrones.

Pobre Geroncio, á mí ver
Tu locura es singular ;

¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

En un cartelón leí,
Que tu obrilla baladí!
La vende Navamorcuede.....
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

— Cayó á silbidos mi *Filomena*.
— Solemne tunda llevaste ayer.
— Cuando se imprima verán que es buena.
— ¿Y qué cristiano la ha de leer?

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustáran á tí.

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates;
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

EPÍSTOLA.

AL DUQUE DE FRIAS CON MOTIVO DE LA
MUERTE DE LA DUQUESA.

¡Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
Salud te envia tu infeliz amigo,
A tí más infeliz!..... Y ni le arredra
El temor de tocar la cruda llaga,
Que aún brota sangre, y de mirar tus ojos
Bañarse en nuevas lagrimas.... ¿Qué fuera
Si no llorára el hombre?..... Yo mil veces
He bendecido á Dios, que nos dió el llanto
Para aliviar el corazón, cual vemos
Calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora, pues, llora; otros amigos fieles,
De más saber y de mayor ventura,
De la estoica virtud en tus oídos
Harán sonar la voz; yo que en el mundo
Del cáliz de amargura una vez y otra
Apuré hasta las heces, no hallé nunca
Más alivio al dolor que el dolor mismo;
Hasta que ya cansada, sin aliento,
Luchando el alma, y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendía.....
¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo